

IX

El fin de un sueño.

Los antiguos creían en la potencia desconocida que ellos llamaban *Fatum*, y que nosotros llamamos fatalidad.

Un célebre autor dramático italiano, Alfieri, ha escrito un drama que lleva por título *La fuerza del destino*.

Al entrar el conde Gabriel de Corbiere en su magnífico hotel de la avenida de los Campos Elíseos, parecía dominado por la mano de ese formidable poder.

Dubois, ocupado en leer un periódico, por pasar el tiempo, en el gabinete de su amo, se sorprendió del cambio repentino que en él se había verificado.

El conde marchaba con el paso de un autómeta y parecía perseguido por un espectro invisible para los demás.

Al ver á su ayuda de cámara hizo un esfuerzo sobre sí mismo y preguntó:

—¿No ha venido nadie?

—Sí, señor conde... la señora...

—¿Volvió á marchar?

—Como ayer, sin veros...

—¿La ha contrariado mi ausencia?

—Puede ser, pero en todo caso no ha dejado aparecer nada. Me ha recomendado sobre todo que ruegue al señor conde que no deje de ir á comer á Bolonia esta noche.

—Bueno.

Dubois iba á retirarse.

El conde volvió á llamarle.

—Si viene alguien, decidle que no estoy.

—Está muy bien, señor conde.

—Tengo que trabajar.

Dubois se retiró.

El conde se paseó durante algunos minutos por su gabinete, dejando errar sus miradas sobre su biblioteca, cuyos libros, algunos de ellos al menos, eran viejos, amigos para él, sobre los retratos y los cuadros colgados de las paredes, sobre los coches que subían y bajaban la avenida, examinando todo vagamente, con la cabeza llena de ideas confusas, pensando en otra cosa.

¿En qué?

Apenas si se atrevía á interrogarse á sí mismo.

Todo lo que él sabía, todo lo que él sentía, era que estaba al borde del abismo, á la orilla del precipicio hacia el que había avanzado tan imprudentemente. Y recordaba muy distintamente la escena que había pasado en casa de la comadrona, señora Firmin, cuando la ofreció una suma enorme para ella, la felicidad de la hija, el desahogo de la madre para su vejez, cien mil francos que ella había tenido la generosidad de rehusar.

En el fondo, aquella mujer le inspiraba una viva simpatía: sentía hacia aquella mujer un gran agradecimiento y una especie de admiración.

Le había dicho:

—Creedme... Cerrad los ojos... No tratéis de saber, y sobre todo no tentéis á nadie con vuestro orol..

¿Por qué no había seguido sus consejos?

Si los hubiera escuchado, hubiera vivido feliz en la ignorancia de lo que un relámpago acababa de disipar en una tranquilidad para siempre turbada.

¿Y aquella madre de quien acababa de separarse?

Hubiera querido alejar su imagen y su recuerdo.

Le espantaba.

Se le aparecía tal como esas reinas trágicas cuyos actos engendran pesadillas y cuya mano empuña puñales y venenos.

Le parecía que no tenía nada de humana.

De pronto se paró delante de un soberbio retrato colocado encima del escritorio.

Era el de su querida, debido al pincel de uno de los mejores artistas modernos.

Tenía una suavidad de tonos, una elegancia de líneas, una maestría incomparables.

Aquella no era una pintura.

Era la misma Elena viva.

El conde la miró largo rato.

Y cuanto más fijos tenía sus ojos en aquella cara, á la vez dulce y fina, espiritual y delicada, más descubría un parecido con su hermana Fernanda y el capitán Rolando.

Este parecido se le había escapado otras veces.

Ahora que estaba prevenido, que sabía, á no dudarlo, que Elena Noel era de la misma san-

gre que él, aquel parecido le causaba una especie de espanto.

Después el espanto cedía su puesto al enterneamiento.

Estaba metido en un callejón sin salida.

Su boda anunciada; Elena, que le adoraba, estaba seguro de esto; aquella villa, en que hubiera querido no volver á entrar; las mil ideas que le asaltaban y se chocaban en su cerebro, le sumergían en una embriaguez, en medio de la que las ideas más siniestras le solicitaban, sin que pudiese detenerse en ninguna.

Sin embargo había una que se imponía, que dominaba á las otras, que las ahogaba por decirlo así. Era que después de aquella odiosa aventura, de aquella especie de fatalidad de que era víctima, sin tener nada que reprocharse, en el disgusto que le invadía, sería para él una dicha desaparecer, dormirse para no despertar más, sobre todo si aquella que había sido su cómplice inconsciente, si la mujer encantadora á quien tanto amaba podía desaparecer con él y dormir ese sueño de que no se despierta.

Sin haber decidido nada aun, sin saber bien lo que quería hacer, pero sintiendo la necesidad de desahogar su alma en un alma hermana, en un corazón cariñoso, se sentó delante del escritorio, cogió una de esas grandes hojas de papel satinado que llaman de papel ministro y lo encabezó, como su hermano Rolando la noche en que iba á morir:

«Este es mi testamento.»

—¿Por qué mi testamento?—pensó.—¿Es qué quiero yo morir á mi vez?

Continuó:

«Doy y lego todos los bienes que poseo de los que puedo disponer, sean los que quiera, sin excepción ni reserva, muebles é inmuebles, á mi hermana Fernanda de Corbiere.

»Se los doy para probarla el inalterable cariño que la profeso y la estimación que hago de su carácter.

»Se los doy también porque se que hará de ellos el más noble uso y por fin porque es mi hermana muy querida:

»Hecho en París, el 24 de junio de 188...

«EL CONDE GABRIEL DE CORBIERE.»

Metió este documento tan corto y tan expresivo en un sobre gris de papel muy fuerte, lo lacró, puso su sello de armas y escribió una cartita concebida en los términos siguientes:

«Querido amigo:

»Hay muertes repentinas.

»Os envió mi testamento bajo ese sobre, por Dubois, mi ayuda de cámara.

»Afectuosos recuerdos.

»EL CONDE GABRIEL DE CORBIERE.»

Puso el sobre:

Señor Dubreuil, notario. Avenida de la Opera, 12.

Llamó.

Dubois no estaba lejos.

El conde ordenó.

—Tomad un coche, id á casa del señor Dubreuil y entregadle estas dos cartas. A él mismo, á ningún otro.

—¿No tienen contestación?

—No. Id.

—¿Sabe el señor conde que son cerca de las siete?

—Bueno. Marcharé cuando hayáis vuelto.

Dubois salió.

Estaba profundamente sorprendido.

Ciertamente, un extraño, no hubiera notado nada extraordinario en el aspecto del conde.

Estaba tan correcto y parecía tan frío como de ordinario.

Pero Dubois estaba tan acostumbrado á las maneras de su amo, que el menor cambio, una inflexión de voz, un gesto, nada se le escapaba.

Bajó, hizo enganchar el coche y partió.

Pero en el camino se preguntaba, como lo había hecho á menudo desde hacía algunos días:

—¿Qué pasa?

Entretanto el conde, aprovechando los pocos momentos que le quedaban antes de la vuelta de su fiel Dubois, había cogido otra hoja de papel, y escribía de prisa:

«Mi querida Fernanda:

»La vida tiene trances duros.

»Desde hace algún tiempo tenemos nosotros esta triste experiencia.

»Hace diez y ocho meses moría Rolando víctima de una de esas aventuras de amor que terminan á veces trágicamente sin que se pueda censurar á adversarios que ceden, como nosotros mismos á pasiones humanas.

»Esto fué para mí gran pena.

»Quería á Rolando como te quiero á tí.

»Su pérdida me fué muy dolorosa.

»¡Cien veces menos, mi querida Fernanda, que la revelación que la casualidad nos ha hecho hace dos días!

»La muerte de Rolando era una desgracia.

»Esa revelación nos imprime una deshonra, un estigma de infamia.

»No es eso todo.

»Aquí, pobre hermana mía, necesito abordar un asunto difícil.

»Tú te casarás, sin duda.

»Los hombres no son perfectos; el medio más seguro para encadenarlos para siempre es la generosidad y el perdón.

»Me es cruel tener que decirte que nuestro padre no encontró esas cualidades en su hogar.

»Sea de esto lo que quiera, un día, como Rolando en su lecho de muerte, atacado por una enfermedad repentina, hizo á la condesa de Corbiere, después de una penosa confesión, recomendaciones que no han sido mejor cumplidas que las otras.

»Tú debes saber todo.

»¡Escucha!

»Es una historia lúgubre.

»Se trata de una criatura nacida de unas relaciones adúlteras,

»La madre ya no existía.

»La criatura, una niña muy tierna, en pañales, inocente de la falta de los demás, quedaba sola en el mundo, sin sostén, sin otra asistencia que la caridad pública ó la generosidad de aquella á quien su padre la había confiado al expirar.

»¡Ese padre era el nuestro!

»¡Esa niña era nuestra hermana!

»Vas á saber cual ha sido la suerte de esa desgraciada.

»Después de algunos años pasados en el fondo de una campiña desconocida, fué encerrada en una sombría mansión, en donde jamás recibió la visita de un amigo ni de un protector.

»A los diez y ocho años la dieron cuatro mil miserables francos arrojándola de allí.

»Buscó lecciones, trabajo, una situación que la permitiese subsistir: luchó, en fin.

»El desaliento no tardó en llegar.

»Y después del desaliento, la desesperación.

»Entonces quiso morir.

»Un vecino la salvó de la muerte que ella había buscado. Aceptó la mano de su salvador, como había aceptado el carbón que estuvo á punto de curarla de sus miserias.

»Después, un día la fatalidad la puso en presencia de un hombre de la alta sociedad, cuyo corazón estaba libre.

»Ella le agradó.

»Su belleza ejerció sobre aquel hombre el irresistible poder del ideal que se ha soñado muchos años sin encontrarlo.

»Desde entonces él no tuvo más que una

idea: seguirla, volver á verla, convencerla de su amor y, en fin, hacerla faltar á sus deberes.

»Ella no tenía ni hijos ni amor para que la defendieran.

»Cedió después de una larga resistencia.

»La pobreza es mala consejera.

»Era pobre y ¡quién sabe! tenía tal vez por su origen aspiraciones á una vida de lujo y de goces, de vanidad, que un capricho de la suerte la había rehusado.

»Muy pronto se hizo adorar de su amante, hasta el punto de inspirarle el deseo de un matrimonio.

»El divorcio pronunciado entre ella y su marido autorizaba esta nueva unión.

»Esta debía tener lugar á los dos días.

»Tú debes haber comprendido ya, mi querida Fernanda.

»Esa mujer es Elena Noel.

»Su amante soy yo.

»Una circunstancia fatal me ha permitido conocer, no hace más que algunas horas, el lazo que nos une y que me hace para siempre odioso un amor que constituía mi alegría.

»Estoy como el hombre aplastado por una roca.

»He perdido la razón y no sé qué partido tomar.

»Busco una salida para el difícil trance en que me encuentro, y no la hay.

»Si me alejo, no dejaré por eso de encontrarme enfrente de mis pensamientos.

»Si me quedo, ¿qué va á ser de mí?

»Reducido á aborrecer á mi madre, obligado á huir de lo que adoro. Me pregunto á qué extremo puedo verme reducido.

»En todo lo que me rodea, no queda más que tú, mi muy querida Fernanda, que yo pueda estimar, y en quien tenga toda mi confianza.

»Así es que, por lo que pueda suceder, acabo de redactar un testamento de algunas líneas.

»Lo encontrarás en casa de nuestro amigo y consejero señor Dubreuil, á quien se lo he remitido.

»He aquí lo que harás de mi fortuna.

»Entregarás cien mil francos á una honrada y digna mujer, la señora Firmin, comadrona, calle de Richelieu, cerca de la plaza Louvois.

»Señalarás una pensión, esto lo dejo á tu prudencia, á aquellas de mis gentes que no conserves á tu servicio.

»Darás á Elena Noel, si me sobrevive, una renta vitalicia de sesenta mil francos.

»Te ruego que la trates como á una hermana.

»Del resto de mi fortuna dispondrás como de la tuya propia.

»Me confío á tu corazón y tu buen juicio, que es superior á tu edad.

»Esa fortuna te pertenecería aun en ausencia de ese testamento que he escrito, para darte una nueva prueba de mi inalterable ternura y demostrarte que cualquiera que sea mi resolución, la tomaré con frialdad y en posesión de toda mi razón.

»Adiós, Fernanda mía.

»De todas las miserias que me agobian, es tal vez la más intolerable y la que hará sin duda inclinar la balanza hacia un fin que apenas me atrevo á afrontar, el pensar en los seres queridos que dejaré tras de mí.

»¡Fernanda! ¡Elena!

»Adiós por última vez.

»Piensa en mí, querida hermana, haz el bien y se tan feliz como mereces.

»Tu hermano,

»GABRIEL DE CORBIERE.»

Cuando acababa la carta oyó el ruido de un coche que se paraba á la puerta.

Miró el reloj.

Eran las siete y media.

Elena debía esperarle con impaciencia.

Casi en seguida entró su ayuda de cámara.

—¿Y bien?—preguntó el conde.

—Está hecho, señor.

—¿Estaba en casa el Sr. Dubreuil?

—Sí, señor conde.

—¿Qué ha dicho?

—El Sr. Dubreuil pareció muy admirado al leer la carta del señor conde; no dijo más que dos palabras: «Está bien.» ¿Marcha el señor conde?

—Al instante.

—¿No se viste el señor conde?

—Sí.

El ayuda de cámara pasó al dormitorio de su amo para preparar lo necesario,

Mientras se ocupaba de su tarea se rascaba la nuca diciendo:

—¿Qué es lo que quiere decir todo esto?

El conde, entre tanto, metía la carta en un sobre que lacró, con tanto cuidado como su testamento.

Puso la dirección.

Señorita Fernanda de Corbiere.

Después pasó á su cuarto.

Cuando estuvo ya dispuesto para salir, cogió la carta que había colocado sobre la chimenea y mostrándosela á Dubois.

—La entregaré yo mismo—dijo.—Mañana, si por casualidad la olvido aquí.

Mostró el bolsillo de su abrigo.

—Será preciso llevarla á su destino... Es para Fernanda.

Dubois se inclinó sin decir una palabra.

En el fondo estaba atolondrado.

¿Por qué tanta ceremonia?

¿Para qué aquel gran sello que el conde no empleaba de ordinario?

Por fin, el amo abandonó su habitación diciendo desde la puerta:

—¿No lo olvidaréis, Dubois?

—No, no.

—Es muy importante.

Y desapareció.

El ayuda de cámara, en observación, vió al conde montar en el coche y salir el caballo al trote largo hacia el Arco de la Estrella, y, muy pensativo, fué á sentarse delante del es-

eritorio del conde, preguntándose por décima vez:

—¿Qué quiere decir esto?

El cupé del señor de Corbiere marchaba hacia el Bosque con una velocidad que admiraba á los raros y tardíos paseantes que encontraba.

Eran cerca de las ocho cuando atravesó la verja de la villa de la avenida de los Príncipes.

Elena Noel, con un delicioso traje claro, fresca y perfumada como la primavera que llenaba el jardín de las flores más raras, esperaba al conde, á quien acogió con los brazos abiertos, diciéndole con sonrisa:

—¿Cómo os hacéis esperar, Gabriell!

El comedor de la villa era de una sencillez y elegancia extremas á la vez.

La mesa resplandecía á la luz de la araña de cristal, con su mantel deslumbrador, sus botellas y vasos de cristal y su vajilla de plata.

Dos cubiertos solamente.

Elena acompañó á su amante, cogiéndose de su brazo, hacia la mesa, y le indicó su sitio con una reverencia ceremoniosa.

—Si no está buena la comida—le dijo—no me haréis reproches por ello.

En efecto, estaba excelente.

En pocos meses la joven se había convertido en una perfecta ama de casa.

Ordenaba con una mirada, veía todo, adivinaba todo.

Y como el conde, que había recobrado todo su imperio sobre si mismo, se lo hacía notar:

—¡He tenido un profesor tan bueno!—contestó ella,

Cuando, durante la comida, se fijaban sus ojos en la encantadora cara que tenía delante de él, en cuyas expresivas facciones se reflejaba el amor más que nunca, el conde pensaba:

—¡Si ella supiese!

¿Qué decirle para explicarle que su unión era imposible?

¡Sin embargo, las horas pasaban y se hacía preciso concluir!

Ella le servía con las más delicadas atenciones, conociendo sus gustos, y mientras le servía le decía:

—Vamos, sé sincero. ¿Qué has hecho durante dos días que no te he visto?

—Llenando formalidades, documentos que exigen, papelotes á no acabar nunca.

—¿Es, pues, bien difícil casarse?

De pronto, al servirle un vaso de vino de Burdeos, de una de sus cosechas, el Chateau Latouche, le dijo:

—Comprendo... es difícil por causa mia... Sin padres para dar el consentimiento... Ya la primera vez nos costó dar mil vueltas.

Miró al conde y le dijo:

—¿Tú no sabes una idea que me ha ocurrido?

—¿Cuál?

—Es á propósito de él. Se casa.

—¿Como lo sabes tú?

—Yo no debiera tal vez decírtelo... Hay cosas de las que es mejor no hablar.

—¿Qué puedes ocultarme?

—Nada, en efecto. Ayer salía yo de tu casa donde Dubois me dijo: «El señor conde está

ausente... No vendrá temprano...» Yo no sabía que hacer, y para pasar el tiempo pensé en ir á ver á unos amigos, á quienes he descuidado demasiado. Hubiera podido ayudarles algo y se que tú me lo hubieras permitido.

—Cierto, si era posible.

—¡Oh! no se trataba de grandes cantidades. Los millonarios no se imaginan lo que se puede hacer á veces con un billete de quinientos francos, bien empleado. Pensé, como he dicho, en mis vecinos de la casa, cerca de la iglesia de Saint-Germain des-Prés... ¿Os acordáis de ella, caballero?

—Ya lo creo—dijo el conde suspirando;—en la calle del Echaudé.

—Perfectamente. Me reprochaba desde hace mucho tiempo no haber vuelto á verles, habiendo sido tan buenos para mí. La portera es una buena mujer y además vivía allí un pintor suizo, un pobre hombre que entró de guardia en el Vaticano para ganar que comer mientras estudiaba en Roma. Pensé que seguiría pobre á pesar de su talento, porque lo tiene y mucho, sí, señor...

—Lo sé...

—¿Cómo?

—He oído hablar de él.

—¿Dónde?

—En casa de la duquesa de Reville.

—¿Le conoce?

—Ese pintor dá lección á su señorita de compañía.

—¡Toma! y no me ha dicho nada.

—¿Le has visto?

—Sí. Yo hubiera querido hacer una buena obra ántes de nuestra boda. Me parecía que eso nos reportaría dicha. Fui primero á la calle del Echaudé y allí encontré á la portera.

—¿Y?

—Hablamos. Estaba sola y la pedí noticias. Krug, el pintor se llama Krug, prospera. Han llegado los buenos días para él. Parece que ha tenido un éxito extraordinario en el salón.

—Lo sabía también...—dijo el conde.

—¡Tu sabes todo!

—Con el retrato de la señorita de Corbiere, mi hermana...

—¿Y no me habías dicho nada?

—Cuando estoy contigo, tengo otras muchas cosas que decirte.

—Cuando me separé de la portera me fui al taller del pintor y le encontré muy contento plantado delante de un lienzo en el que estaba haciendo de memoria el retrato de una joven á quien yo ví llegar á París muy desgraciada. Y en seguida me anunció la boda de ese pobre Escoubére diciéndome:

—He visto á vuestro marido. Felizmente ha cesado ya su gran tristeza.

—¡Ah!

—Ha seguido los consejos de su amigo Brossois.

Se interrumpió.

—Brossois es uno de sus compañeros de la Opera Cómica... un bajo... Son casi paisanos... Krug me dijo: Se casa.

—¿De veras?

—Dentro de pocos días.

—¿Con quién?

—Con una de sus compañeras, una corista, una viudita muy digna de interés.

Elena miró al conde y repuso:

—Pero no te he dicho aún la idea que me ha ocurrido.

—No.

—Puesto que él es razonable, hubiera querido hacerle aceptar, por medio de otra persona, un regalo, una suma que le ayudase á estar desahogado; pero es difícil encontrar el medio.

—Es verdad.

—¿Te acuerdas de los diez mil francos?

—¿Que él rehusó? Sí me acuerdo, y me pregunto quién los heredará... El Estado, sin duda.

—Hé ahí un dinero mal empleado.

—¡Oh, sí!

—¿De modo que tú no ves cómo podríamos...

—Lo pensaré. ¿Cuándo es la boda?

—Muy pronto. Todo está arreglado. Los Krug lo han dicho. Ayudaremos también al pintor, ¿no es verdad?

—Sí, con mucho gusto.

El conde había recobrado su fisonomía ordinaria. Sin embargo, algunas crispaciones repentinas revelaban el esfuerzo que hacía para dominarse.

Pero Elena, completamente entregada á su alegría, no las notaba.

—Hablemos de nuestro gran asunto—dijo al fin, cuando servido el té, salieron los criados para no volver á aparecer...—¿Es pasado mañana el gran día?

—Sí.

—¿Salimos?

—A las ocho de la mañana vendré por tí.

—¡Qué bueno eres y cómo te amaré!... Mi vida te pertenece... Puedes hacer de ella lo que quieras... matarme si te agrada... ¡Moriría con gusto por tu mano!

—¡Eso se dice pero no se piensa!

—¡Yo lo pienso!

—¿De veras?

En un arranque de ternura y de agradecimiento se arrojó al cuello de su amante.

—Déjame—dijo, rechazándola suavemente.

—¡Si viniesen!

Elena volvió á su asiento y en seguida dijo:

—¿Qué haremos mañana?

—A fé mia que no lo he pensado... Además, tengo tantas cosas que hacer...

—¿Todavía?

—Sí.

—¡Eso no concluye nunca!

—Concluirá cuando te llames la condesa de Corbière.

—Felizmente eso no tardará mucho—dijo Elena suspirando.

Y repuso:

—¿Pero por la noche?

—Por la noche... lo que tú quieras.

—Tengo todavía otra idea.

—Díla.

—Quisiera ir á la Opera-Cómica.

—¿Para qué?

—No lo sé, es un capricho. Pon en *Mignón*. ¡Vamos los dos!

—¿Estará bien visto eso?

—Por qué no? Nadie nos conocer á... ¡Y aunque así fuese, aunque nos conocieran!

El conde se levantó y dió algunos pasos por el comedor.

Elena le siguió y poniendo las dos manos sobre los hombros de su amante:

—Es un capricho—dijo—¡pero te lo agradecería tanto!

—¡Iremos, si tienes tanto interés!

—¡Mucho!

—No veo inconveniente...

—En un paleo, por ejemplo...

El conde hizo un gesto de indiferencia y se decidió.

—Bueno... queda convenido.

Y en seguida salieron al jardín cogidos del brazo.

La noche estaba estrellada y soberbia.

Pasaron largo rato por el parque. Guardaban silencio.

El conde sentía que el brazo de Elena temblaba.

De pronto separó su brazo y dijo:

—Hasta mañana.

Elena le dirigió una mirada suplicante y murmuró:

—¿No te quedas?

El conde la besó en la frente y contestó:

—Ya ves... Nos casamos dentro de dos días... Me parece que profanaría nuestro amor.

Dos minutos después oía Elena el ruido del coche que llevaba al conde hacia París, y se decía:

—¡Cuánto nos amamos!

X

Arreglo de boda.

Era inverosímil tal vez para los que conocían á fondo á Escoubere, pero era verdad. A fuerza de paciencia, de cuidados, de precauciones y de amistad, Brossois le había convertido á la idea del matrimonio.

Le había repetido tantas veces y con tanto cariño:

—¡Ensayá, ya verás!

Y además, la joven viuda del violín de la Opera, era tan verdaderamente buena, tan graciosa, que el desgraciado, seducido, la aceptaba más que como un remedio, como una amiga y un consuelo.

La misma noche en que tuvo lugar en la villa de Bolonia lo que acabamos de narrar, y casi á la misma hora en que el conde se separaba de Elena, Brossois, en uno de los intermedios de *Carmen*, decía á su amigo y á la viudita:

Ya sabéis, hijos, no hay medio de retroceder. Mañana os llevo á la alcaldía.

—¿Para qué?—preguntó Escoubere, que estaba vestido de contrabandista español.

—¡Para las formalidades!

—¡Ah!—dijo el barítono—¿ya?

—Sin duda—repuso el otro.—No vamos á dejar pasar el tiempo, dando largas al asunto para arreglarlo *ad calendas græcas*.

Y dirigiéndose á los dos futuros, preguntó:

—¿Está convenida vuestra boda, sí ó no?
 —Lo está—afirmó el gascón.
 —Entonces señalemos una hora.
 —¿Para ir á la alcaldía?
 —Seguramente. ¿Estás dormido ó despierto?
 —Estoy despierto—declaró Escoubere;—
 pero nos van á hacer faltar al ensayo,
 —A las diez, ¿te conviene?
 —Perfectamente.
 —Convenido... Mañana á las diez... ¿Habéis
 comprendido, Idolo?

La joven viuda sonrió dulcemente inclinándose la cabeza.

—Después de la visita á la alcaldía pago un almuerzo, que será, como de desposorios, bueno. Conque, hasta mañana.

Y he aquí por qué, á las diez de la mañana del 25 de mayo, los dos amigos y la viuda iban de la calle Guenegaud á la plaza de San Sulpicio.

Escoubere estaba casi alegre.

Se podía asegurar, al ver su cara, que su moral había mejorado mucho.

Cuando pasaron por la calle del Echaudé, la portera y el señor Quillet estaban en medio de la calle que no es ancha.

El trío no podía pasar sin detenerse á echar un párrafo.

Brossois se encargó de las presentaciones.

—¡Matilde Souchet, la prometida de mi amigo Escoubere! La señora Guignard, la respetable portera del inmueble que veis enfrente... El señor Quillet, el más feliz de los tres, propietario de dicho inmueble.

—¿A dónde se va?—preguntó la portera.

—A la alcaldía, para las publicaciones.

—¡Pues ya tenéis para rato!—declaró la señora Guignard.—¡Ya tenéis que pasearos, ya!... ¡Son cargantes con sus papelotes!

—Tal vez por eso hay tantas gentes que se pasan sin ellos—dijo Escoubere.

—¿Cuándo es la boda?

—En cuanto esté todo arreglado—dijo Escoubere.—El señor Quillet miraba á la futura con interés.

—No vale tanto como la otra—pensaba;—pero no es despreciable.

No, no valía tanto como la otra.

Ni mucho menos.

Y sin embargo, si el Gascón se hubiese casado con ella, en lugar de haberlo hecho con la primera, hubiera vivido perfectamente feliz.

La viudita tenía lo que se necesita para agradar, bastante gracia, bastantes formas y á estas condiciones unía la abnegación, la buena imaginación y, ese no se que, dulce y sumiso que las hace valer y encadena á un amante ó un marido.

Hablaron largo rato.

Escoubere había recobrado su locuocidad.

No hizo ninguna alusión á su antigua, á aquella Elena de la que ya no hablaba y en la que seguía pensando, ni á su boda con el señor de Corbiere, que todo el mundo conocía en los coros y que debía tener lugar al día siguiente.

Cuando los tres coristas se marcharon la señora Guignard se volvió hacia su propietario y le dijo:

—¡Y bien, ahí tenéis uno que está bien cambiado! ¿Qué pensais de eso, señor Quillet?

El antiguo comerciante no respondió. Se contentó con decir dos ó tres veces:

—¡Hé! hé!

—Yo—repuso la señora Guignard— no hubiera creído jamás eso. El que estaba tan desesperado, ahí le teneis alegre como un pinzón.

El señor Quillet hizo de nuevo:

—¡Hé, hé!

No protestó de otro modo, pero era facil de comprender su idea.

La conversación le parecía equívoca.

La viuda y sus acompañantes llegaron á la plaza de San Sulpicio.

La alcaldía, ese monumento temible por la solemnidad de los compromisos que allí se adquieren, aparte de cumplirlos con frecuencia tan mal, estaba llena de gente.

Muchas bodas de gentes de todas clases entraban y salían.

Los coristas no sabían á quién dirigirse.

—¿Para una boda?—preguntó Brossois á una especie de portero, cuyo pecho estaba lleno de medallas y cintas que estaba de guardia en la puerta de entrada.

—En el fondo del patio, la sala de la izquierda.

Después de muchas dilaciones y molestias y de ser enviados de Caifás á Pilatos, salieron de la alcaldía dispuestos á dar buena cuenta del ofrecido almuerzo.

Entraron en un restaurant, en casa de Foyot.

La fiesta dió principio.

El bajo debía pagar el gasto, pero lo hacia con el mayor gusto.

El bravo mozo no sentía lo que tuviera que gastar.

Por el placer de anunciar aquella noche á sus compañeros la próxima boda de su amigo con «Idolo» hubiera gastado hasta su último céntimo.

Y por primera vez creía en la curación completa del marido de Elena.

Al separarse del futuro matrimonio, dijo á Matilde al oído; al ver á Escoubere tan tranquilo y sonriente.

—Mirad, ya habeis hecho un milagro.